

Plegaria por la Familia

Te damos gracias, Padre, por todos los esposos a los que has llamado a amarse en ti, signo recíproco de tu ternura y de tu fidelidad. Su amor, muchas veces fatigoso y exigente, es un reflejo de nosotros del diálogo y del don sin fin que te une con tu Hijo amado en el Espíritu del amor eterno. Gracias por lo que les has dado, gracias por los que les han amado, gracias por todos aquellos a los que han amado, gracias por todos aquellos a quienes, por medio de su amor, les has dado la vida; gracias porque los has donado uno al otro y —juntos— a ti... Ayuda a los esposos a vivir su amor como Cristo amó a su Iglesia, dándose a ella hasta el extremo. Hazlos capaces de una constante y siempre nueva aceptación mutua. Haz que sean siempre uno solo y que contagien a quienes encuentran el amor que viene de ti, y que es respeto, atención, solidaridad y justicia con todas las personas humanas. Bendice con tu Espíritu el amor de los esposos unidos en ti. Mantenlo vivo en la frescura de una fidelidad siempre añeja y siempre nueva, enriquecelo con el don de los hijos, signo de tu amor y del suyo, hazlo irradiante y activo en el seno de tu pueblo y guarda en el gozo su don recíproco, para que sea signo para todos de la vocación al amor que pusiste en el corazón de cada uno como imagen fiel de ti.

Bruno Forte

Doctrina de San Miguel Garicoits

Servidor de Dios, amigo de Dios, esposa de Dios, ¡qué asombrosa dignidad! Con todo es todavía más ser hermano y madre de Jesucristo. Y a tales honores alza el cumplimiento de la voluntad divina. *El que hace la voluntad de mi Padre, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre, dice Jesucristo.* (Mt. 12/50). Estas palabras no son una exageración, nuestro Señor las pronunció sencilla y verdaderamente... Y quiere que las tomemos en el mismo sentido y creamos piadosamente que el Hijo de Dios tiene realmente como hermano, hermana y madre a quien hace la voluntad de su Padre. Lo tiene por hermano y lo ama con un amor filial... Ser, según la carne, el hermano de Jesucristo, ¡qué dignidad! ¡qué alta estima no vamos a tener para con la Virgen, porque engendró a Jesucristo! Pues bien, podemos alcanzar fácilmente este parentesco, esta consanguinidad: hagamos constantemente en todo la Voluntad de Dios.



ESPIRITUALIDAD BETHARRAMITA
"Aquí estoy, Padre, vengo para hacer tu voluntad"

Año III 1999 - Nº7

Creo en Dios Padre

"*Creo en Dios Padre*" significa estar comprometido en el cambio de la historia. La fe no es puro sentimiento. Tampoco es una idea abstracta. La fe es una apuesta de la vida que nos mueve a la acción. Conforme al mensaje de Jesús, Dios se manifiesta como Padre allí donde la gracia del perdón y del amor se convierte en exigencia de transformación de la realidad.

Esto es nuevo para la conciencia religiosa judaica y para toda la humanidad. Donde tradicionalmente estaban los valores "sagrados" (la Ley, el Templo y las perspectivas nacionalistas) Jesús pone, ahora, los valores cotidianos y "profanos": las necesidades del inocente que sufre. Por ello Jesús resulta, para los grupos religiosos de su época, digno de la acusación de "*blasfemo*". Este Padre de Jesús no se ajusta a la Ley y, por tanto, no puede ser el Dios verdadero. Esto lleva a Jesús a la incompreensión, a la soledad y a la muerte.

Sin embargo, cuando Jesús muere es cuando el velo del Templo se rasga en dos. En la Pascua de Jesús el Padre Dios se nos ofrece, más allá de las fronteras de Israel, como Padre universal de todos los hermanos de Jesús en una misma historia abierta a la pascua definitiva. Rescatando de la muerte a su Hijo, el Padre Dios asume nuestra tierra y nuestra historia, transgrediendo los límites de la Ley, en gracia y libertad. Ante este acontecimiento exclama Pablo: *Doblo la rodilla ante el Padre, de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra* (Ef. 3/14). Paternidad que es gracia de vida expandida generosamente; gracia que suscita gérmenes de fraternidad y de amor, de solidaridad y de humanización entre los seres humanos.

Ese mismo Espíritu le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios; ahora, si somos hijos, somos también herederos: herederos de Dios, coherederos con el Mesías; y el compartir sus sufrimientos es señal de que compartiremos también su gloria (Rm. 8/16-17)

Esto quiere decir que, como hijos y herederos, somos **sucesores**, hechos capaces de transformar nuestra paternidad y maternidad psico-biológica *en sacramento* signo e instrumento, de Dios Padre y Madre.

La forma en que estamos llamados a amar a los demás es la forma como el Padre Dios nos ama. Ninguno de nosotros ha sido padre o madre sin haber sido antes hijo o hija. Cada hijo e hija, a su vez, está llamado a dar un paso más y llegar a ser padre o madre para otros. El camino que Jesús nos propone para ello es volver a la casa del Padre Dios y aprender allí lo que realmente significa nuestra vocación a la paternidad y a la maternidad. *En la casa de mi Padre hay vivienda para muchos; si no se lo habría dicho. Y la prueba es que voy a prepararles sitio (Jn. 14/2)*. Es habitando junto al Padre Dios donde aprendemos que la paternidad y la maternidad a la que estamos llamados significa no sólo ser perdonados sino también a ser fuentes de perdón; no sólo ser acogidos sino también acoger; objeto de misericordia y de amor gratuito sino también ser sujeto de gracia para muchos.

La paternidad y maternidad a la que estamos llamados no tiene nada que ver, pues, con el poder o con el afán de control de la vida de otros. Se trata, por el contrario, de aprender a dar sin pedir nada a cambio; de aprender a dar sin poner condiciones a nuestro amor. Es una paternidad y maternidad hecha de acogida, de dar derecho a ser, de perdón, de corrección amorosa. El Padre Dios no vive preocupado de sí mismo; los hijos somos su única preocupación. Hay en esta vocación una dura lucha interior, ciertamente. No nos es fácil ni espontáneo responder a este llamado. Sin embargo, Jesús se ofrece a sí mismo como el camino para que aprendamos a vivir nuestras cotidianas paternidades-maternidades según el modo del Padre Dios.

Ser padres y madres, en ese horizonte, es ser hombres y mujeres de consolación; es volvernos vulnerables al mal y al dolor del mundo, comenzando por el mal y el dolor que habita en nosotros mismos y del que somos responsables. Bien sabemos por nuestra experiencia que no hay paternidad y maternidad sin lágrimas. El dolor por nuestro pecado y el pecado de otros es, de hecho, una de nuestras formas de orar; en Él aprendemos a la libertad sin la cual el amor no puede surgir.

Ser padres y madres es aprender a perdonar; a perdonar de corazón, en forma incondicional. Esto lo recibimos del Padre Dios: un corazón que no reclama nada para sí; un corazón vacío de egoísmo. Pero no nos resulta fácil pasar por encima de nuestras necesidades de gratitud, de atención y de reconocimiento; nos es difícil superar nuestros miedos a ser utilizados o a ser heridos. Por esto nos es necesario traer a nuestra memoria, una y otra vez, que somos hijos a quienes mucho nos ha sido perdonado. Porque cuando recordamos que somos hijos amados es entonces cuando nos volvemos capaces de acoger a otros, con la misma generosidad y misericordia con la que el Padre Dios nos acoge.

Ser padres y madres implica generosidad, vaciamiento de sí y entrega de todo lo que somos a nuestros hijos. *Nadie tiene amor más grande por los amigos, que uno que da la vida por ellos (Jn. 15/13)*. La generosidad nos hace pasar del miedo al amor; de nuestros intereses y codicias al don de nosotros mismos. Por ello, quizá la imagen que mejor describe a lo que estamos llamados es la de los padres ya adultos, cuyos hijos ya han partido. En esa etapa de la vida sólo resta permanecer en casa y esperar. Simplemente esperar. ¿Puede haber alegría más grande que tender los brazos a las hijas e hijos que llegan a la casa, abrazan con nuestras manos sus hombros y espaldas, besar los rostros crecidos de los recién llegados? ¿No es este gesto de acogida y de bendición un sacramento del Padre-Madre Dios?

Este gesto curiosamente lo realizamos muchas veces y en diversas situaciones. Aunque no nos demos cuenta, lo hacemos toda vez que acogemos, que confrontamos, que ayudamos a crecer, que perdonamos y animamos. Cada vez que, de vuelta a casa del Padre, estamos en casa para otros. No importa si somos viejos, adultos o jóvenes; si somos laicos, sacerdotes o religiosos y religiosas; si los hijos e hijas que llegan son nuestros o son ajenos. *Cada vez que lo hicieron con uno de estos hermanos míos tan pequeños, lo hicieron conmigo (Mt. 25/40)*, a imagen y semejanza de Dios Padre-Madre.

Francisco López Fernández
Dolores Amenábar Aguirre